

# Extranjeras en la historiografía romana del siglo II d. C.

Juan Luis POSADAS

No es simplemente una moda escribir sobre historia de las mujeres en Roma, ni siquiera es una necesidad impuesta por un mínimo sentido de justicia histórica: para el presidente de la *AIER*, el prof. Gonzalo Bravo, «el colectivo femenino constituye un elemento más de la sociedad romana, y como tal debe ser integrado en una nueva Historia Social del mundo romano, siempre inconclusa»<sup>1</sup>. Creo que ésta debe ser la filosofía que nos anime en estos trabajos, hacer Historia Social, no desfilas al dictado de una moda.

Hace ya muchos años, al menos tres décadas, que los *gender studies* se iniciaron con ímpetus que provenían de la Sociología o la Antropología y que hundían sus raíces en la Historia de la Vida Cotidiana de Carcopino o en la escuela francesa de los *Annales*, con evidentes conexiones ideológicas con el feminismo y la izquierda, tanto liberal como radical. No es quizá momento de hacer una historia de la historiografía reciente, pero sí de reconocer los hallazgos de estos estudios durante los años setenta y ochenta y, también, de dar la razón a las críticas que algunas aproximaciones suscitaron entre los investigadores<sup>2</sup>. En el caso de las mujeres romanas, en palabras del prof. Bravo, las nuevas cuestiones a estudiar por parte de los especialistas (que los hay) deberían ser: la particularización del concepto amplio de «mujer romana» en un gran espectro sociológico; la comprensión del poder «femenino» como algo no puramente político; el estudio de las mujeres de los estamentos más bajos a través de fuentes no historiográficas; la revisión de las fuentes literarias con nuevas ópticas metodológicas y su comparación con las epigráficas; y el análisis cuantitativo de las menciones para evitar generalizar conclusiones a partir de casos aislados y particulares<sup>3</sup>. A ello hay que añadir que las nuevas perspectivas en los estudios de género ya no se limitan a estudiar a las mujeres en general, sino que insisten en adjetivar ese sustantivo: Mujeres y qué más. En ese sentido se han manifestado los ponentes del último Coloquio sobre *Feminismo y Estudios Clásicos*, incluyendo a la mujer en la polaridad jerárquica: según su raza, su edad, su antagonismo nativa/extranjera, su clase social, su participación pública/privada, etc.<sup>4</sup>. Y el propio prof. Bravo, en un excelente artículo

---

<sup>1</sup> G. BRAVO, «La mujer romana y la historiografía moderna: cuestiones metodológicas y nuevas perspectivas de estudio», en M.<sup>a</sup> J. RODRÍGUEZ MAMPASO *et alii* (eds.), *Roles sexuales. La mujer en la historia y la cultura*, Madrid, 1994, pp. 55-72. Véase la elogiosa reseña de este artículo por parte de R. GONZÁLEZ GALICIA en la p. 180 de *Eclás* 37, n.º 107, 1995.

<sup>2</sup> Por ejemplo, en C. MARTÍNEZ LÓPEZ, «Las mujeres en el mundo antiguo. Una nueva perspectiva para reinterpretar las sociedades antiguas», en M.<sup>a</sup> J. RODRÍGUEZ MAMPASO, *op. cit.*, pp. 35 y ss.

<sup>3</sup> G. BRAVO, *op. cit.*, p. 72.

<sup>4</sup> Sobre este tema véase el magnífico trabajo de D. KONSTAN, «Women, Ethnicity and Power in the Roman Empire», presentado a la Segunda Conferencia sobre Feminismo y Estudios Clásicos, y publicado provisionalmente en <[www.stoa.org/dio-bin](http://www.stoa.org/dio-bin)>.

publicado hace poco en *Gerión* con un título tan revelador como, si se nos permite, contundente: «Sobre mujeres y, además, esclavas»<sup>5</sup>, dando a entender una doble discriminación social.

Convendría, si el espacio disponible nos lo permitiera y el coloquio versara sobre aspectos más generales, analizar cómo hacer todo esto que se nos antoja difícil. En otro lugar hemos opinado sobre el concepto de «mujer romana» y hemos mostrado nuestras dudas de que exista algo que se pueda denominar así, concluyendo que no se puede escribir sobre la Mujer romana con mayúsculas, simplemente sobre «mujeres romanas en», porque ni siquiera estadísticamente hablando tenemos datos suficientes para hablar sobre «mujeres romanas»<sup>6</sup>; cuánto menos sobre «mujeres extranjeras en Roma».

En todo caso, parece necesario resaltar los dos últimos puntos tocados por el prof. Bravo como importantes para avanzar en esta Historia Social de Roma y para incluir en ella a las mujeres: revisar las fuentes literarias con nuevas ópticas metodológicas y compararlas con las epigráficas; y analizar cuantitativamente las menciones para evitar generalizar conclusiones a partir de casos aislados y particulares. Suscribimos totalmente estas palabras, de hecho las llevamos a la práctica en nuestra Tesis doctoral, dirigida precisamente por el prof. Bravo y defendida en la Universidad Complutense hace ahora diez años<sup>7</sup>, y que versaba sobre todas las mujeres que aparecían en las obras de los escritores romanos de la época de Trajano: fundamentalmente Tácito, Juvenal y Plinio el Joven. Ya habíamos dedicado nuestra Tesina a Tácito<sup>8</sup>, a quien sir Ronald Syme llamaba simplemente «el Historiador»<sup>9</sup>.

Lo que se puede hacer con esas fuentes, que son todas ellas masculinas, y que proceden mayoritariamente del estamento privilegiado en Roma, no es posible hacerlo con otras cercanas al objeto de estudio: las literatas romanas son pocas, sus obras conservadas escasas, y el período cronológico al que pertenecen, ajustado. En efecto, de las 23 escritoras conocidas, 20 escribieron entre la época de Cicerón y la de Domiciano (poco más de 150 años); 18 eran familia de emperadores o de senadores, con sólo 5 ciudadanas o incluso libertas<sup>10</sup>. Estos datos sociales y temporales deberían lle-

<sup>5</sup> G. BRAVO, «Sobre mujeres y, además, esclavas», en *Gerión* 19, 2001, pp. 737-755. En esta discusión analiza el autor la obra de Freduzzi MEROLA-A. STORCHI MARINO (Eds.), *Femmes-esclaves. Modèles d'interprétation anthropologique, économique, juridique*, Nápoles, 1999, pp. 315-322.

<sup>6</sup> J. L. POSADAS, «Tópicos sobre mujeres en la literatura de época de Trajano», en *Arx. World Journal of Prehistoric and Ancient Studies* 2-3, 1996-97, pp. 173-179. Se puede leer también en internet: <<http://www.laiesken.net/arxjournal/pdf/posadas.pdf>>.

<sup>7</sup> *Retratos y caracteres femeninos en la literatura latina (época de Trajano)*, Madrid, Universidad Complutense (inédita, 1994). En ella analicé exhaustivamente todo el *corpus* de menciones a mujeres en los autores que escribieron en época de Nerva y Trajano, es decir, en Plinio el Joven, Tácito, Juvenal, Valerio Probo, y en parte de la obra de Marcial, Suetonio y Frontino, así como en algunas obras de los griegos Plutarco y Dion Cocceyano.

<sup>8</sup> Mi tesina, también dirigida por el prof. Bravo, se titulaba *Mujeres en Tácito: una aproximación prosopográfica*. Se leyó en 1992. Las conclusiones de la misma se publicaron como: J. L. POSADAS, «Mujeres en Tácito: retratos individuales y caracterización genérica», en *Gerión* 10, 1992, pp. 145-154.

<sup>9</sup> Acertadamente, a mi juicio. Sobre todo a partir de su monografía en dos volúmenes *Tacitus*, Oxford, 1958.

<sup>10</sup> J. L. POSADAS, «Las *doctae puellae* y otras escritoras romanas», en *Tempus* 11, 1995, pp. 93-96. Así, tenemos a las epistológrafas Octavia la menor, a Livia y a Julia, hermana, esposa e hija, respectivamente, de

var a la reflexión de hasta dónde llegó la educación de las mujeres romanas y durante cuánto tiempo.

Es, pues, necesario abordar el estudio de las mujeres romanas en las fuentes disponibles, que son todas ellas masculinas, con nuevas metodologías, analizando las actitudes de los escritores escondidas en sus técnicas literarias de presentación de caracteres, en las opiniones que expresan utilizando a las mujeres, y estudiando, como historiadores que somos, los aspectos ideológicos, morales y políticos, subyacentes en todas esas menciones a mujeres. Y, sobre todo, hay que hacerlo cuantitativamente para evitar generalizaciones cualitativas que no llevan a ninguna parte. Es decir, el objeto de este estudio sistemático no puede ser otro que descubrir las intencionalidades de los escritores al mencionar a las mujeres para poder así utilizar las fuentes de una manera crítica.

Y ello es igualmente válido, aunque se reduzca considerablemente el universo de análisis, si estudiamos las mujeres extranjeras en un grupo de fuentes, como si estudiamos las mujeres que se dedican a la prostitución o cualquier otro segmento social de las mismas.

A la hora de escoger un grupo de fuentes determinado, nos ha parecido interesante volver la vista a los historiadores romanos, que al fin y al cabo son nuestros tarabuelos, para ver cómo presentaban ellos a las mujeres extranjeras en sus relatos históricos, con qué finalidad y en qué número. Para acotar aún más el grupo de fuentes, es preferible escoger una época determinada en la que todos esos historiadores escribieron. No hemos tratado, pues, de escoger las mujeres extranjeras que vivieron en una determinada época, sino las menciones a mujeres extranjeras en los historiadores que vivieron en una determinada época, porque ello puede llevarnos a interesantes conclusiones sobre la ideología de ese momento histórico y sobre las actitudes que se vivían hacia el universo extrarromano. Lamentablemente hay pocas épocas de conjunto que presenten a buenos y variados historiadores. En la de Augusto escribieron muchos, es verdad, pero sólo se nos han conservado Tito Livio y Pompeyo Trogo, y éste en fragmentos. En el siglo I tenemos a Velejo Patérculo y a Valerio Máximo, es decir, sólo dos y no muy buenos. Y sólo llegando al siglo II encontramos una buena muestra historiográfica: Tácito, Suetonio y Anneo Floro, durante los primeros 50 años de ese siglo<sup>11</sup>. Es por ello que lo hemos escogido como segmento de estudio. Dejamos de lado, por ahora, a autores griegos como Plutarco, o a otros que realmente escriben empezado el siglo III, como Casio Dión.

---

Augusto, y a la historiadora Agripina la menor, esposa de Claudio y madre de Nerón, como mujeres «imperiales»; como hijas o esposas de varones consulares, a la oradora Hortensia, las epistológrafas Cornelia, Servilia, Cecilia Atica, Terencia, Tulia, Publilia, Fulvia, Acia, y a las poetas Sulpicia (I) y Aconia Fabia Paulina; como hijas o esposas de senadores de otros rangos, a la oradora Carfania, la epistológrafa Pilia, y a la poeta Cornificia; como simples ciudadanas, a la oradora Mesia de Sentino, y a las poetas Hostia, Perila y Sulpicia (II); y como libertas, a la poeta Memia Timothoe. El listado lo obtuve de A. LÓPEZ, *No sólo hilaron lana. Escritoras romanas en prosa y verso*, Madrid, 1994.

<sup>11</sup> Sobre la historiografía romana de esta época deben verse los ya antiguos pero imprescindibles trabajos de G. CAVALLLO *et alii* (dirs.), *Lo spazio letterario di Roma antica*, Roma, 5 vols., 1980-1989; E. CIZEK, «La littérature et les cercles culturels et politiques à l'époque de Trajan», en *ANRW II*, 33.1, 1989, pp. 3-35; y J. W. DUFF, *A literary history of Rome in the silver age: from Tiberius to Hadrian*, Londres, 1964.

## CORNELIO TÁCITO

Cornelio Tácito nació hacia el año 56 y murió hacia el 120. Recorrió rápidamente el *cursus* senatorial a partir de su matrimonio con la hija de Julio Agrícola, general de rango consular, y sobre todo durante el principado de Domiciano. Cuando éste muere, probablemente Tácito había desempeñado un gobierno provincial, quizá como *legatus Augusti pro praetore* en la Galia Bélgica. La cima de su carrera la logró bajo el principado de Nerva, como cónsul sufecto en el año 97. Sin embargo, Tácito perteneció al círculo cercano al emperador Trajano y, como tal, aún desempeñó un cargo importante, el de procónsul de Asia en el año 112. Como es sabido, Tácito escribió dos obras llamadas menores antes del principado de Trajano: el *de uita et moribus Iulii Agricola*, hacia el 97, y la *de origine et situ Germanorum*, hacia el 99. Durante el principado de ese emperador, sin embargo, es cuando compone su *opus maior*: el diálogo *de oratoribus*, hacia el año 101, las *Historiae*, hacia el 106, y sobre todo, su obra más importante, los *Annales*, hacia el 116. Con estas obras, Tácito logra la cima literaria en tres de los cuatro géneros que toca: la biografía, la monografía etnográfica, y la historia propiamente dicha.

Tácito menciona en sus obras un total de 15 mujeres extranjeras, que suponen un 12% del *corpus* de mujeres mencionadas por ese autor (124). Esa importancia descende si atendemos al número de menciones en que aparecen, 26, que suponen solamente un 6% del total de menciones a mujeres en las obras de Tácito (que son 419).

Las citadas son: Aurinia (germana), Berenice (judía), Boudicca (britana), Cartimandua (britana), Claudia Sacrata (germana), Cleopatra (egipcia), Dido (fenicia), Eponina (germana), Erato (armenia), Uelaeda (germana), Zenobia (armenia), madre de Arminio (germana), esposa de Arminio (germana), esposa de Carataco (britana) y mujer ligur (gala).

Es de notar en este grupo la importancia de las mujeres germanas (6 mujeres de 15), las cuales, junto con las 3 britanas y la gala —mujeres noroccidentales— superan ampliamente a las mujeres orientales (que son sólo 5). Además, las menciones a germanas y, sobre todo, britanas, son más importantes en cuanto extensión y características que las menciones a orientales (salvo la interesante historia de Zenobia, esposa del rey armenio Radamisto: *Ann.* 12.51).

Antes de abordar el estudio de estas menciones, diferenciando semánticamente aquellas que son positivas de las negativas o de las neutras, cabe hacerse una pregunta en cuanto a la procedencia social: ¿diferencia Tácito a las mujeres extranjeras de las simples ciudadanas, de las «nobles» o de las miembros de la Familia Imperial?

En nuestra Tesis mostramos, en primer lugar, que las mujeres caracterizadas negativamente dominan de manera clara en la Familia Imperial, mientras que hay un práctico empate entre las mujeres caracterizadas positivamente y las negativamente del grupo «Senatorial». En el resto de los grupos, incluidas las extranjeras, dominan las caracterizadas de manera negativa.

También quedó clara la concentración de «mujeres complejas», es decir, aquellas que tienen menciones consideradas positivas y menciones consideradas negativas, en los grupos Imperial y «Senatorial», así como, curioso, en el de «Extranjeras».

Viendo las menciones a extranjeras, se puede afirmar que éstas aparecen en Tácito como un grupo aparte. Nuestra impresión es que Tácito utilizó sus menciones como punto de comparación, como *exempla uirtutis* o como *exempla uitiorum* (ejemplos de virtud o ejemplos de vicio) para las romanas. Analicemos aquellos pasajes en que Tácito trata de estas mujeres extranjeras, tanto en sus menciones a mujeres concretas como en otras muchas en que se habla de las mujeres extranjeras sin más.

Entre las extranjeras, los más claros ejemplos de virtud femenina se dan en los pueblos nórdicos, britanos y, sobre todo, germanos. En *Agr.* 31 se nos dice que «los brigantes, a las órdenes de una mujer, fueron capaces de quemar una colonia»; en *Germ.* 7.3-4, que los germanos «tienen a su lado a sus seres queridos, y pueden oír el ulular de sus mujeres... acuden con sus heridas a sus madres y esposas, las cuales las examinan sin aspavientos, y les llevan alimentos y ánimo para combatir».; en *Germ.* 8.1-2, los germanos temen más la derrota «por la suerte y el honor de sus mujeres... Y es que piensan que hay en ellas santidad y capacidad de prever, por lo que no desprecian sus opiniones ni desdeñan sus respuestas». En *Germ.* 19.1-2, «Practican, pues, el recato, sin corromperse por los atractivos de los espectáculos o por las tentaciones de los banquetes... Los adulterios, tratándose de un pueblo tan numeroso, son poquísimos». Y, en *Germ.* 20.1, «Cada madre cría a su prole de sus propios pechos, y no la deja en manos de esclavas o nodrizas». Tampoco son ostentosas en el vestir (*Germ.* 17.3); respetan el matrimonio (*Germ.* 18.1); y consideran de degenerados el aceptar ser gobernados por una mujer (*Germ.* 45.9).

En cuanto a las mujeres germanas y britanas concretas que se presentan como ejemplos, están la adivina germana Aurinia<sup>12</sup>; la reina britana Boudicca<sup>13</sup>; la madre y la esposa del líder germano Arminio<sup>14</sup>. Pero no sin contrapesos, sin mujeres germanas y britanas que sean ejemplos negativos: la adivina germana Uelaeda<sup>15</sup> se contrapone a Aurinia; la reina britana Cartimandua<sup>16</sup>, a Boudicca; y, clarísimamente, la esposa britana de Carataco<sup>17</sup>, a la esposa de Arminio.

<sup>12</sup> «Es más, piensan que hay en ellas algo santo y profético (en las mujeres), por lo que no desprecian sus consejos ni desdeñan sus respuestas. Vimos, en el reinado del divino Vespasiano, a Veleda, considerada por muchos como una deidad, y en otro tiempo veneraron a Aurinia y a muchas otras, no por adulación ni por divinizarlas» (*Germ.* 8, 2-3).

<sup>13</sup> Tac. *Ann.* 14.31.1; 14.35.1-2; y 14.37.3; *Agr.* 16, 1. Sobre todo el discurso de Boudicca en 14.35.1. Boudicca aparece como ejemplo de mujer vengadora de su pudicia, una especie de Lucrecia.

<sup>14</sup> La madre de Arminio aparece corajuda en Tac. *Ann.* 2.10.1. Sobre todo, la estampa orgullosa de la esposa de Arminio: «Estaban en el grupo (de prisioneros de los romanos) algunas mujeres nobles, entre ellas la que era a un tiempo esposa de Arminio e hija de Segestes; tenía más el ánimo de su marido que el de su padre, y ni se rebajó a llorar ni pronunció una palabra de súplica, permaneciendo con las manos cruzadas bajo el pliegue de su vestido y mirando a su vientre grávido» (*Ann.* 1.57.4).

<sup>15</sup> Tac. *Germ.* 8, 2-3; *Hist.* 4.61.2, 4.65; 5.22.3; y 5.24.1.

<sup>16</sup> Tac. *Ann.* 12.36.1; y sobre todo *Ann.* 12.40.2-3 e *Hist.* 3.45.1-2. Véanse al respecto a C. de FILIPPIS, «Libido reginae et saevitia: osservazione sulla figura di Cartimandua in Tacito», en *RSA* 8, 1978, pp. 51-62; D. BRAUND, «Observations on Cartimandua», en *Britannia* 15, 1984, pp. 1-6; e I. A. RICHMOND, «Queen Cartimandua», en *JRS* 44, 1954, pp. 43-52.

<sup>17</sup> «Después fueron exhibidos (ante los romanos) sus hermanos, su esposa y su hija y, al final, él (Carataco) en persona. Las súplicas de los demás, dictadas por el miedo, no estuvieron a su propia altura» (*Ann.* 12.36.3).

En la comparación de estos pasajes de mujeres germanas, con otros relativos a actitudes de romanas en semejantes situaciones, se ve también claramente la calidad ejemplificadora de estas extranjeras.

Por ejemplo, Tácito, a diferencia de los germanos, sí desdeña los consejos de mujer (en *Ann.* 15.54.4); su posición con respecto al adulterio femenino es muy clara, y un estudio ha mostrado cómo lo sitúa casi siempre en la iniciativa femenina, por motivos no derivados del amor, y con relación a la política<sup>18</sup>. En cuanto al aceptar ser regidos por una mujer, aunque los romanos lo llevaban mal, el comentario de Tácito al cuasi gobierno de Agrippina Augusta fue que «todos obedecían a una mujer» (*Ann.* 12.7.2). Y, por fin, la afirmación de que las germanas se ocupaban personalmente de la crianza de sus hijos es un término de comparación clarísimo con la preocupación tacitea sobre la educación en Roma, manifestada en *Dial.* 28-29, en que critica la costumbre contemporánea de dar a los hijos a una nodriza, contraviniendo así el uso antiguo de criar a los niños a los propios pechos de la matrona.

Sólo en un extremo es comparable aún la romana y la germana, en el carácter guerrero ante ciertas emergencias: así, la actitud de Agrippina la Mayor, de su hija o de Munatia Plancina, al mando de tropas en varios momentos<sup>19</sup>, o la belicosidad de Uerulana Gratilla durante el asedio viteliano al Capitolio en el año 69, defendido por Flavio Sabino, el hermano de Vespasiano<sup>20</sup>.

Tales extremos, aunque entre las extranjeras merecen la aprobación de Tácito, cabe considerarlos como negativos en su visión de las romanas. Desde luego, así parece en el caso de mujeres gladiadoras, afición a la que se daban incluso mujeres ilustres y de familia senatorial<sup>21</sup>. Cabría concluir que este carácter fuerte y combativo de la nueva mujer romana, alejado, pues, del *mos maiorum*, le merece a Tácito una clara y rotunda repulsa, como las menciones, por ejemplo, al agrio y fuerte proceder de Agrippina la Mayor hacen ver<sup>22</sup>.

<sup>18</sup> Cf. con E. TORREGO SALCEDO, «El adulterio femenino en los Anales de Tácito», en E. GARRIDO (Ed.), *La mujer en el mundo antiguo*, Madrid, 1986, pp. 289-297.

<sup>19</sup> Agrippina la Mayor tuvo momentos de generala en la rebelión germana del Rin (*Ann.* 1.69), como han estudiado T. K. SIDEY, «Agrippina as an army nurse», en *CW* 12, 1918, pp. 61-62, y J. MOREAU, «Les guerrières et les femmes impudiques», en *AIPhO* 11, 1951, pp. 283-300. Su hija Agrippina Augusta presidió un triunfo ante los estandartes del ejército (*Ann.* 12.37) y esperaba que las cohortes le prestaran juramento (*Ann.* 14.11). En cuanto a Munatia Plancina, participaba en los ejercicios de la caballería y en las maniobras de las cohortes (*Ann.* 2.55).

<sup>20</sup> *Hist.* 3.69.3: «...Uerulana Gratilla, que no marchó tras sus hijos y parientes, sino en pos de la guerra». Sobre el espíritu guerrero de las romanas, A. J. MARSHALL, «Ladies in waiting. The role of women in Tacitus' Histories», en *AncSoc* 15-17, 1984-1986, pp. 167-184.

<sup>21</sup> En Cremona, «algunas mujeres, llevadas de su entusiasmo... habían llegado hasta el mismo combate» (*Hist.* 3.32.2); y en Roma, «un mayor número de damas ilustres y senadores se deshonró en la arena» (*Ann.* 15.32.1).

<sup>22</sup> En *Ann.* 1.33, 1.40, 1.60, 2.72, 4.12, 4.52, 5.3 y 6.25. Véase J. I. MCDUGALL, «Tacitus and the Portrayal of the Elder Agrippina», en *EMC* 25, 1981, pp. 104-108. Los adjetivos *ferox* y *atrox* se utilizan para designar la belicosidad de un guerrero, o su carácter fuerte; pero en referencia a una mujer aluden a lo peor de su personalidad, a que aspira a desempeñar un papel reservado al hombre. Tanto H. W. TRAUB, «Tacitus' Use of Ferocia», en *TAPhA* 84, 1953, pp. 250-261 como, sobre todo, M. KAPLAN, «Agrippina Semper Atrox; a Study in Tacitus' Characterization of Women», en C. DEROUX (ed.), *Studies in Latin Literature and Roman History*, Bruselas, vol. I, 1979, pp. 410-417 han mostrado esto de manera fehaciente.

Sin embargo, también las germanas ofrecían mujeres que daban mal ejemplo y que Tácito menciona para que las romanas tomaran buena nota. Ya hemos mencionado a las reinas de algunos pueblos, que se comportaban sin la necesaria prudencia y recato femenino, como Cartimandua o la esposa de Carataco, o la adivina y caudilla Uelaeda, inspiradora de la conspiración de Civil; pero no habíamos citado aún a la reina germana de los sitones<sup>23</sup>, o a la reina armenia Erato<sup>24</sup>... Para Tácito, la presencia de las mujeres en la política romana era totalmente ajena al espíritu de la Ciudad y a la misma constitución de Roma, entre otras razones, porque no era propio de su sexo el gobernar, ni del de los varones el aguantarlo. El hecho de que cite tantos ejemplos negativos de reinas que osaban mandar a los varones no es sino un buen indicador de su opinión al contrario; por ello son las emperatrices romanas con más poder en Palacio, Liuia, Messalina, Agrippina o Poppaea, las que más sufren de su mal llamada técnica del retrato, que no es sino insidia política disimulada<sup>25</sup>.

En cuanto a las mujeres orientales, las que aparecen en Tácito son: Berenice<sup>26</sup>, caracterizada como «compleja negativa», la reina egipcia Cleopatra (citada de pasada), Dido (la mítica reina de Carthago), Erato, la ya citada reina armenia caracterizada negativamente por su *feminae imperio*, y Zenobia, la esposa del rey armenio Radamisto, que escapó valerosamente de una muerte segura en el año 51 d.C. y que, en sí, constituye un buen ejemplo de caracterización positiva de una extranjera<sup>27</sup>. Se ha opinado que Tácito se oponía a la influencia oriental en la Roma de época trajanea, por lo que pre-

<sup>23</sup> «Los pueblos de los sitones siguen a los suyones; semejantes en todo, se diferencian sólo en que reina una mujer: en tan gran medida degeneran no sólo respecto de su libertad, sino hasta de la misma esclavitud». (Tac. *Germ.* 45,9). Precisamente es el fragmento estudiado por J. KOLENDO, «*Sithonum gentes femina dominatur*. Liberté, esclavage et pouvoir exercé par une femme d'après la Germanie de Tacite», en el libro discutido por G. BRAVO y reseñado en la nota 5, de Freduzzi MEROLA-A. STORCHI MARINO, pp. 315-322.

<sup>24</sup> «Arrebatado Ariobarzanes por una muerte imprevista, no toleraron (los armenios) su descendencia; tras probar el imperio de una mujer llamada Erato, a la que en breve depusieron, inciertos y sin rumbo, más que libres carentes de amo, adoptan como rey al huído Vonones» (Tac. *Ann.* 2.4).

<sup>25</sup> Esto de la «hondura psicológica de Tácito» es uno de los grandes mitos interpretativos contruidos en torno a su técnica de descripción de personajes. En realidad, era un buen retratista, pero psicólogo malo. Cf. con lo que dicen S. G. DAITZ, «Tacitus' Technique of Character Portrayal», en *AJPh* 81, 1960, pp. 30-52; W. H. ALEXANDER, «The Psychology of Tacitus», en *CJ* 47, 1952, p. 326; H. BARDON, «Sur Tacite psychologue», en *Anales de Filología Clásica* 6, 1953-54, pp. 19-35; y J. COUSIN, «Rhétorique et psychologie dans Tacite», en *REL* 29, 1951, pp. 228-247.

<sup>26</sup> Tac. *Hist.* 2.2.1; y 2.81.1.

<sup>27</sup> «El caso es que Radamisto no tuvo otra salvación que la rapidez de sus caballos, con los que escapó llevándose a su mujer. Ahora bien, hallábase ésta embarazada y al principio soportó como pudo la huida por miedo a sus enemigos y por amor a su marido; luego, cuando lo continuado de la carrera empezó a provocar sacudidas en su vientre y espasmos en sus entrañas, rogaba que con una muerte honrosa la librara de las infamias de la cautividad. Él en un principio la abrazaba, la calmaba, la animaba, ya admirando su valor, ya angustiado por el miedo de que cayera en poder de otro si la dejaba atrás. Al fin, movido por lo violento de su amor y no resultándole cosa extraña el crimen, desenvaina su cimitarra, tras herirle la arrastra hasta la orilla del río Araxes y la entrega a la corriente para sustraer al enemigo también su cuerpo. A marchas forzadas escapó él a tierra de los hiberos, reino de su padre. Entre tanto Zenobia —así se llamaba la mujer—, detenida en un remanso, cuando aún respiraba y daba señales de vida, fue advertida por unos pastores, que juzgando por la dignidad de su aspecto que no era persona sin importancia, vendan su herida, le aplican rústicos remedios y, tras saber de su nombre y de su suerte, la llevan a la ciudad de Artáxata. Desde allí fue conducida, a cargo del estado, ante Tiridates, y acogida con benevolencia recibió trato de reina» (Tac. *Ann.* 12.51.1-4).

senta a los orientales en sus obras como degenerados<sup>28</sup>. Es posible que ello sea cierto con respecto a los hombres, pero el caso es que nosotros no observamos eso con respecto a las mujeres, dado que de las 5 orientales citadas, sólo Erato recibe algún tipo de crítica, aunque no muy marcada; ni siquiera Berenice, cuya pasión por Tito estuvo a punto de apartarle de sus obligaciones como romano, recibe críticas; en cuanto a la *femme fatale* por antonomasia de la historiografía romana, Cleopatra, sólo aparece citada una vez, y como abuela de Drusilla, la esposa del gobernador de Judea, Antonio Félix.

Otro tema importante es el léxico que Tácito utiliza para caracterizar como «femenina» una actitud o una cualidad. El primero de los términos es *mulier*. Todas las menciones de *mulieres* en las obras menores y en las *Historiae* de Tácito se refieren a extranjeras<sup>29</sup>, lo cual es indicativo de su intencionalidad, pues sabido es que este vocablo tiene peores connotaciones que el más genérico de *femina*. Las características que menciona, llanto, y mujer en la milicia, han sido criticadas por Tácito en otros lugares, por lo que no cabe considerarlas positivas; y ¿qué decir acerca del estupro?, y ello se achaca a una mujer ubia, o sea, germana del Rin, de la propia *Colonia Agripina*. Nos encontramos, pues, con una concepción negativa del término *mulier*, que no por casualidad (preferimos creer más en la causalidad de los hechos y no en el Hado o Azar), aparece asociada a actitudes indignas (llanto), viriles (armas) e impúdicas (estupro): *id est*, negativas.

En los *Annales* hay 21 menciones de *mulier*. Las más genéricas son la de la reina britana Boudicca, que, en su discurso, termina categóricamente diciendo que ella lucharía, y que tal era su decisión de mujer (14.35); y la famosa del discurso de Cecina Severo para impedir que las esposas acompañaran a sus maridos en los gobiernos provinciales, pues los cortejos de mujeres en el ejército romano le daban un aspecto bárbaro, y estorbaban en la paz y en la guerra, y sus órdenes eran más descabelladas y obstinadas (3.33)<sup>30</sup>.

En cuanto a *muliebris*, es una palabra que se utiliza casi siempre de forma despectiva, excepto en los casos en que se opone a *uirilis* (en *Hist.* 5.13 y en *Ann.* 4.62).

<sup>28</sup> Cf. con M. BENEVISTE, «Le racisme anti-oriental dans la littérature latine», en *Caesardunum* 9, 1974, pp. 28-30; se ha objetado que este racismo taciteo sería más cultural que biológico, hipótesis mantenida por J. L. RIESTRA RODRÍGUEZ en *La concepción geográfica en C. C. Tácito*, Madrid, 1985, pp. 374-378. I. MUÑOZ VALLE, *La verdad sobre Tácito*, Valladolid, 1975, pp. 19-21, opinó al contrario, que Tácito era, fundamentalmente, un antisemita.

<sup>29</sup> Las menciones se refieren al llanto común de hombres y mujeres entre los britanos (*Agr.* 38), a su unión matrimonial con el guerrero, que atañe también a las fatigas de la guerra, entre los germanos (*Germ.* 18), y al estupro de una tal Claudia, mujer ubia (*Hist.* 5.22).

<sup>30</sup> A pesar de las opiniones de A. J. MARSHALL, *loc. cit.* nota 20, creo que el pensamiento de Tácito no concuerda totalmente con el de Cecina, sino más bien con el de su oponente Valerio Mesalino, a quien alaba por su nobleza y elocuencia, rasgos indiscutiblemente admirados por su republicanismo, y quien se muestra partidario de otorgar ciertas libertades a las mujeres y de que puedan acompañar a sus esposos a las provincias. Téngase en cuenta que Plinio el Joven, amigo íntimo de Tácito, se llevó a Calpurnia Fabata, su esposa, a Bitinia, y que el propio Tácito pudo hacer lo mismo fácilmente cuando fue a Asia como Procónsul, justo en la época en que se publicaron los primeros libros de los *Annales*, hacia el 116. La reproducción del discurso de Valerio junto con el apoyo explícito de Druso, el hijo heroizado de Tiberio, en este libro parece responder, pues, a una necesidad personal de justificación política y moral, aunque, en la época trajanea, tal costumbre estaba ya enraizada totalmente en el orden político.



Del léxico utilizado por Tácito se desprende, casi tanto como de los propios retratos femeninos y, sobre todo, del conjunto del *corpus*, pero ahora con un análisis también sémico de los conceptos, la visión muy negativa de «lo femenino», que incide aún más en la sensación que produce la lectura de las obras de este autor en lo referente a las mujeres: había buenas y malas, pero las malas vienen a definir, con sus actitudes, lo que Tácito entiende por «femenino» y, peor aún, por «mujeril»; ya no se nos dice que hilar la lana sea lo «femenino», sino la ferocidad y las malas artes. Es interesante constatar, en todo caso, que Tácito utiliza más estos términos proporcionalmente en relación con las mujeres extranjeras que con las romanas.

Como conclusión en cuanto a las extranjeras en las obras de Tácito, hay que decir que aparecen retratadas de forma minuciosa porque juegan un importante papel en la historiografía de Tácito: son los *exempla uirtutum ac uitiorum* que presenta para uso de la mujer romana.

La comparación entre las mujeres idealizadas germanas y britanas y las romanas termina en una victoria de las virtudes bárbaras, aunque hay algunos casos en que la misma actitud es alabada en las germanas y criticada en las romanas (por ejemplo, la belicosidad), lo cual indica una diferencia de rasero en Tácito para medir a diferentes mujeres: es uno de los indicadores de su actitud como historiador; es curioso, en todo caso, que Tácito critique la actitud tiránica de las reinas extranjeras, sobre todo de Cartimandua y de Boudicca, crítica que, desde luego, comparten las emperatrices romanas; de ahí que se fortalezca la hipótesis de la raíz política del pensamiento taciteo sobre las mujeres.

Y es que uno de los aspectos esenciales de las menciones a mujeres en este autor es el de las mujeres en la política. Las emperatrices, por ejemplo, aparecen en tres hitos diferentes: Livia es la mujer adusta, responsable y «compañera en el reinado» (*Ann.* 1.10)<sup>31</sup>; Messalina es cruel, dañina, exaltada y adúltera, además de «hacer escarnio con su capricho de los intereses romanos» (*Ann.* 12.7)<sup>32</sup>; y Agrippina es la verdadera co-gobernante de Claudio, mujer segura, púdica, pero avara a más no poder, soberbia, viril y cruel, y, con su hijo Nerón, una verdadera reina madre, intrigante y dominadora, pero honorable<sup>33</sup>. Tal escalada en el poder de las mujeres no pudo ser sino criticada por Tácito, desde un punto de vista más político que moral: *uersa ex eo ciuitas et cuncta feminae oboediebant* (*Ann.* 12.7)<sup>34</sup>. Críticas que desde luego han hecho fortuna en los historiadores posteriores, y no sólo en los romanos, sino en épocas tan lejanas en el tiempo como en nuestros tacitistas del siglo XVII, que criticando a Agrippina, ma-

<sup>31</sup> M. J. RAMÍREZ DÍEZ, «Presupuestos filosóficos y arquetipos literarios presentes en el personaje de Livia en los Anales de Tácito», en *Eclás* 106, 1994, pp. 65-85.

<sup>32</sup> «Princesses and Others in Tacitus», en *G&R* 28, 1981, pp. 40- 52.

<sup>33</sup> Véase el trabajo de KAPLAN, M., *loc.cit.* 22.

<sup>34</sup> S. B. POMEROY, *Diosas, rameras, esposas y esclavas. Mujeres en la Antigüedad Clásica*, Madrid, 1987, pp. 192-193, cree que Tácito siguió una costumbre estilística de principios del Imperio consistente en alabar o criticar a las madres de los personajes masculinos a los que se pretendía secundar o estigmatizar, respectivamente. En ese sentido, dice la autora, Tácito habría criticado a Livia y a Agrippina como madres de Tiberio y Nerón, los verdaderos objetivos de su actitud negativa, mientras que Iulia Procilla, la madre del alabado Agricola, sería un modelo de virtudes. Esta acotación ajustada de Pomeroy no hace sino reafirmar el origen político de la visión de las mujeres por parte de Tácito en su obra histórica.

dre de Nerón, malmetían contra el poder de la madre de nuestro Carlos II, doña Mariana de Austria<sup>35</sup>.

## SUETONIO TRANQUILO

Suetonio, romano nacido hacia el año 70, unos diez o quince años más joven que Tácito, perteneció al mismo círculo que él, permaneciendo casi inédito durante la época de Nerva y Trajano, excepción hecha de su *de uiris illustribus*. Tras ponerse bajo la protección de Septicio Claro, hombre de confianza de Adriano y posterior Prefecto del Pretorio, recibe cargos y honores en Palacio y encuentra el paso franco a los archivos imperiales. Pronto, sin embargo, y quizá debido a un ajuste de cuentas del entorno de la nueva emperatriz, Sabina, cesa en su cargo de *ab epistulis* de Adriano y se dedica a escribir su gran obra, *de uita duodecim Caesarum*. El objeto de este apartado es el análisis de las menciones a mujeres contenidas en esta última y más conocida obra, dado que en su *de uiris illustribus* no aparecen extranjeras.

En las Vidas de los Doce Césares de Suetonio hay, salvo error u omisión, como siempre, 115 mujeres identificadas y otras 88 citas o menciones a mujeres en general. De las 115 mujeres con nombre o identificadas por la mención de un pariente varón, hay 95 senatoriales, lo cual representa algo más de los 4/5 del total (un 82 %). La quinta parte restante está compuesta de 5 ecuestres, 4 ciudadanas, 4 libertas y 13 extranjeras, aunque subyacen algunas dudas en la identificación de las ciudadanas y las libertas.

Se ve, pues, con este primer análisis, el interés central de Suetonio en Palacio y en los asuntos del estamento privilegiado en Roma, mientras que las demás mujeres, generalmente libertas imperiales, nodrizas, reinas extranjeras, concubinas de la Corte, etc., son citadas por su relación con algún emperador<sup>36</sup>.

Las extranjeras citadas por Suetonio son: Alejandría (nodriza), Atalanta (griega), Berenice (judía), Cleopatra (egipcia), Cleopatra Selene (egipcia), Égloge (nodriza), Eúnoe (africana), Febe (liberta), Filis (nodriza), Hécuba (griega), Nisa (bitinia), Semíramis (siria) y una mujer germana. Hay que decir que, de las 13, hay 4 cuyo origen sólo se supone por su onomástica (eran nodrizas de los emperadores y una liberta de nombre griego), 2 mujeres de la mitología griega, una germana que en realidad parece aludir a una aparición sobrenatural, y una reina mítica siria, con lo que las mujeres históricas de las que sabemos a ciencia cierta que son extranjeras, se reducen a 5: todas ellas orientales. Primer punto, pues, de comparación con Tácito.

Si analizamos estas menciones a extranjeras vemos que los conceptos negativos que Suetonio utiliza contra ellas se relacionan fundamentalmente con actitudes sexuales consideradas impúdicas<sup>37</sup>, pero también por sus ansias de poder y de ostenta-

<sup>35</sup> Véase al respecto J. L. POSADAS, «Las mujeres en la historiografía tacitista», en *Actas del VIII CEEC*, Madrid, Ediciones Clásicas, vol. III, 1994, pp. 541-546.

<sup>36</sup> Sobre estos aspectos sociales, V. PICÓN, *La sociedad romana a través de Suetonio*, Madrid, 1977.

<sup>37</sup> Por ejemplo en Atalanta (*Tib.* 44.2), Berenice (*Tito* 7.1-2), Cleopatra (*Jul.* 52.1-2) o Eúnoe de Mauritania (*Jul.* 52.1).

ción del mismo<sup>38</sup>. Así, las extranjeras presentadas negativamente son 5 (Atalanta, Berenice, Cleopatra, Eúnoe y Semíramis). En cuanto a las mujeres presentadas de forma positiva, lo son sobre todo por actitudes consideradas maternas o protectoras, caso claro de las varias nodrizas que aparecen enterrando los restos de emperadores muertos: Alejandría (*Ner.* 42.1 y 50.1), Égloge (*Ner.* 50.1) y Filis (*Dom.* 17.3). También por sus muertes ejemplares, como Cleopatra (*Aug.* 17.5) o Febe (*Aug.* 65.2). El resto de mujeres aparecen en forma neutra.

En resumen, puede decirse con claridad que los conceptos que utiliza Suetonio para historiar sobre las mujeres de la época julio-claudia son muy parecidos o casi idénticos a los que usa Tácito, y que los ejemplos de virtud (referidos a sus papeles de madre o esposa y a sus muertes ejemplarizantes) y de vicio (sobre todo el ansia de poder y la concupiscencia) utilizados por ambos autores son muy similares. El peso que otorga Suetonio, empero, a la caracterización negativa en relación a la positiva es mayor, aunque no tanto en comparación con el total de mujeres mencionadas (5 negativas frente a 4 positivas).

Del análisis de las menciones a mujeres en sus obras puede deducirse que Suetonio se plegaba a la tradición literaria previa, propio de un erudito como él, y así había hecho ya en su obra *de uiris illustribus*, con las vidas literarias que seguían los modelos de Valerio Probo. En lo referente a las fuentes y a los tópicos sobre las mujeres del siglo I, no tenía que ir muy lejos para encontrar en quien apoyarse: en el historiador Tácito y en el poeta Juvenal<sup>39</sup>. Y, de esta forma, su aprobación de la legislación augústea y su crítica a la impudicia y el adulterio de las mujeres se hacen ostensibles, así como la denuncia de la ambición de poder de ciertas mujeres, algo más atenuada, quizá, que en Tácito<sup>40</sup>. En ese sentido se insertan sus menciones a extranjeras, en la denuncia del adulterio y en la oposición al poder femenino.

El que la razón de esta cierta inquina hacia las mujeres provenga o no del resentimiento hacia Sabina por su «despido» de Palacio<sup>41</sup> es de menor importancia comparado, en mi opinión, con el hecho cultural claro de la continuidad en el tiempo de las ideas sobre las mujeres surgidas en el seno de cierto debate ideológico propio de la época de Nerva y Trajano<sup>42</sup>. Ideas que, gracias a la labor divulgadora de Suetonio

<sup>38</sup> Lo cual se observa en Cleopatra (*Jul.* 52.2; *Aug.* 17.1 y 5).

<sup>39</sup> Aunque, como es natural, el género literario escogido, la biografía de hombres, dejara poco lugar a las mujeres. G. VIDÉN, *Women in Roman Literature. Attitudes of authors under the Early Empire*, Götteborg, 1993, pp. 88-90, opinó que los papeles de las mujeres en las obras de Suetonio se limitan a marcar posiciones sociales o a ilustrar los caracteres masculinos, y que es menos animoso contra las mujeres que Juvenal o Tácito. Véase nuestra recensión a este magnífico libro en *Gerión* 12, 1995, pp. 355-356.

<sup>40</sup> G. VIDÉN, *ibid.*, p. 89. Sin embargo, I. MORENO FERRERO, en su estupendo artículo «La caracterización femenina en la biografía latina antigua», en M.<sup>a</sup> D. VERDEJO SÁNCHEZ (coord.), *La condición de la mujer a través de textos latinos*, Málaga, 1992, pp. 77-121, esp. p. 89, hace del dominio femenino en política el rasgo más destacable de la visión suetoniana de las mujeres del siglo I.

<sup>41</sup> Como opina V. PICÓN GARCÍA, «La mujer en las biografías de los XII Césares de Suetonio», en E. GARRIDO (ed.), *La mujer en el mundo antiguo*, Madrid, 1986, pp. 267-279, esp. p. 279.

<sup>42</sup> En J. L. POSADAS, *loc.cit.* n.º 6, resumo las conclusiones políticas de mi Tesis, y sitúo las opiniones de Tácito sobre las mujeres dentro de lo que en el círculo imperial se promovía: la formulación de nuevos modelos de virtud asociados al culto a Pudicitia y a la divinización de mujeres del entorno familiar de Trajano: su hermana y, posteriormente, su esposa.

y a su influencia posterior en los historiadores de la *Historia Augusta*<sup>43</sup>, cuajarían en una serie de tópicos historiográficos y literarios sobre las mujeres del siglo I d. C. de gran fortuna en la literatura posterior, tanto antigua como moderna.

## ANNEO FLORO

Lucio Anneo Floro, si es que éste fue su verdadero nombre, sobre el cual se han planteado serias dudas<sup>44</sup>, nació seguramente hacia el año 78 en África, estudió retórica en Cartago, viajó por todo el Imperio, recalando en Tarraco durante algunos años, donde enseñó como maestro. En época de Trajano se instaló en Roma, abriendo quizá una escuela de Retórica. Compuso posiblemente su *Epítome* en los años cuarenta del siglo II, ya bajo Antonino Pío, pues bajo Adriano, con quien sostuvo una famosa disputa poética (*Hist. Aug., Vita Adr.* 16, 3-4), no era aún famoso. Su libro, considerado erróneamente un simple epítome de Tito Livio, y que hoy se considera una obra retórica compuesta para celebrar el noveno centenario de la fundación de Roma, bebiendo en numerosas fuentes aparte de Livio, recoge numerosas opiniones sobre las mujeres, muchas de ellas negativas. Sin embargo, esa presentación negativa se diluye un poco si la comparamos con las menciones a extranjeras en su obra, que se han interpretado como «contrapunto de la debilidad masculina»<sup>45</sup>.

Floro presenta en su obra 6 mujeres extranjeras, en 10 menciones, más casi una docena de menciones generales. Las mencionadas son: Arsínoe (egipcia), Cleopatra (egipcia), Tarpeya (sabina), Teuta (iliria), la esposa del rey Orgiaconte (gálata), y la esposa de un general cartaginés. Vemos, pues, que están igualadas las orientales (3, dos egipcias y una gálata) y las occidentales (la iliria, la sabina y la africana), aunque por número de menciones predominan las orientales. Además de ellas, se mencionan a las mujeres cartaginesas, cimbras (germanas), hispanas, nóricas, numantinas, sabinas y sirias.

De las 6 mencionadas aparecen 3 con menciones negativas. La peor caracterizada, como no podía ser menos, es Cleopatra VII, la última reina de Egipto. De ella se critica su humillación ante César reclamando el trono (*Ep.* 2.13.56); el que atrapara a Antonio y le requiriera parte de su Imperio como precio por sus favores, consiguiendo incluso que aquél cambiara su vestimenta acercándola a la de un rey (*Ep.* 2.21.1-4); el que huyera con su barco lujoso del escenario de Accio (*Ep.* 2.21.8); y, finalmente, el que humillándose otra vez, ahora ante Octavio, pretendiera seducirle y mantener una parte de su reino (*Ep.* 2.21.9-11). Cabe decir, en todo caso, que introduce elementos considerados positivos en la descripción de Cleopatra, como su hermosura, el haber sufrido una injusticia, que amara realmente a Antonio, o su final trágico y ciertamente heroico<sup>46</sup>.

<sup>43</sup> Como señala I. MORENO FERRERO, *loc. cit.* nota 40, p. 108. Hay un estudio monográfico sobre Suetonio, el de M. M. GALLARDO FERNÁNDEZ, *La mujer en de uita duodecim Caesarum*, Granada, 1987.

<sup>44</sup> L. BESSONE, «Floro: un retore storico e poeta», en *ANRW* II, 34, 1, Berlín, 1993, pp. 80-117.

<sup>45</sup> G. HINOJO-I. MORENO, «Introducción», en *Floro: Epítome de la Historia de Tito Livio*, Madrid, 2000, p. 43.

<sup>46</sup> Como señala I. MORENO FERRERO, *loc. cit.* 40, p. 88, alude al pictoricismo de Floro en la presentación de Cleopatra y a cómo éste utilizó toda una serie de lugares comunes en su caracterización.

Otras mujeres negativas son Tarpeya y Teuta. La primera, por haber abierto traidoramente las puertas a los sabinos (*Ep.* 1.1.12); y la segunda, reina de los ilirios, por haber ordenado el crimen de asesinar a los legados romanos con un hacha, y quemar vivos a los comandantes de la armada. Comentario de Floro: «Para mayor vergüenza, ello lo ordenó una mujer» (*Ep.* 1.21.2).

Sin embargo, en general predominan las menciones positivas. Así, «memorable fue el ejemplo» (palabras de Floro) de la mujer del rey gálata Orgiacoonte, quien, violada por un centurión, escapó y le presentó al marido la cabeza cortada de su maltratador (*Ep.* 1.27.6). O la esposa del general cartaginés, quien en el asalto final a Cartago, se inmoló con sus hijos en el fuego de su casa. Comentario: «¡Con cuánto más valor se comportó una mujer, justamente la esposa del general!» (*Ep.* 1.31.17).

Donde se observa ese carácter ejemplificador de las extranjeras en Floro es en sus menciones generales. Lo que se alaba es, sin excepción, la ferocidad heroica de sus hechos de armas. Así, las cartaginesas, durante el asedio a su ciudad, ofrecieron sus cabellos para el correaje de la maquinaria bélica (*Ep.* 1.31.10); las cimbras resistieron a los romanos, luchando desde sus carretas con lanzas y pértigas y, como no pudieron obtener su libertad, ahorcaron a sus hijos y a ellas mismas con una cuerda trenzada con sus cabelleras (*Ep.* 1.38.16-17); curioso paralelismo capilar. Otras mujeres alabadas por su ferocidad fueron las nóricas que, al carecer de proyectiles para resistirse a los romanos, arrojaron a sus hijos muertos por ellas mismas contra los rostros de sus enemigos (*Ep.* 2.22.5); o las numantinas, que impidieron el último recurso a la huida de sus esposos, quebrando las cinchas de sus caballos, cometiéndolo, como dice Floro «por amor un gran crimen» (*Ep.* 1.34.14).

No cabe duda de que la intención de Floro en su Epítome era alabar la grandeza de Roma de una forma retórica, propia de la historia trágica. Por ello no cabe ver en estas menciones un posicionamiento político ni moral, sólo una presentación trágica de los personajes, colorista si se quiere. Por eso los paralelos en la presentación de mujeres feroces (el asesinato de sus hijos, su lucha con lo que tienen a mano, su suicidio, la alusión a sus trenzas y cabellos, que al aparecer sin recoger sugieren una imagen de furor, de duelo, de tragedia griega). Vemos, en todo caso, cómo Floro cifra su crítica a Cleopatra en su ambición de poder, y en la corrupción que indujo a Antonio, mientras que Suetonio citaba sobre todo su pretensión de haber tenido un heredero de César e hijos de Antonio, y de cómo clamaba por ello<sup>47</sup>.

## CONCLUSIÓN GENERAL

Como se ha visto, tanto Tácito como Suetonio y Floro utilizaron a las extranjeras como puntos de comparación con las romanas, tanto para bien como para mal. Tácito, como maestro que fue, lo hizo de manera más sutil y más compleja, con ejemplos tanto de virtud como de vicio, inclinando más la balanza hacia las germanas que hacia las britanas u orientales. Y, aunque presenta multitud de ejemplos positivos,

<sup>47</sup> Así, en *Jul.* 52.2; en *Aug.* 17.1 y 17.5.

hay que decir que la base de su pensamiento moral y de su técnica de retrato fue su oposición al poder de las mujeres y, en general, al absolutismo de los emperadores romanos del siglo I. Suetonio, que en general es peor historiador y biógrafo que Tácito, también critica el excesivo poder de las mujeres, pero sobre todo, como moralista cerrado que era, su concupiscencia, tanto en las romanas como en las extranjeras. Y Floro, más un retórico, es decir un escritor, que un historiador, presenta a las extranjeras como ejemplo, sobre todo en su ferocidad; y nos lega un espléndido retrato colorista de Cleopatra, no ya criticada como en Suetonio por el interés en el reconocimiento de sus hijos, sino por su ambición de poder, por corromper a Antonio, por intentarlo con Octavio, etc.

Evidentemente, si las fuentes utilizan a las extranjeras como ejemplos retóricos, morales o políticos, difícilmente podremos echar mano nosotros de esas fuentes para historiar sobre las extranjeras dentro de esa Historia Social inconclusa de Roma; historia que, a este respecto de la historiografía romana, y sin que medien otro tipo de fuentes, en nuestra opinión seguirá huérfana de conclusión.